

Introducción de la editora de la versión inglesa

A los diez años, Lars Muhl ya había vislumbrado retazos de otra realidad. La conmoción producida por la repentina muerte de su hermana menor le causó dolorosas experiencias análogas al síndrome *kundalini*, las cuales le dieron acceso a los mundos etéreos y a una percepción hipersensible del dolor de otras personas. Esto duró tres años.

Cuando Lars cumplió quince años y recibió un libro por correo de forma anónima, hubo un punto de inflexión. La obra *Gayan, Nirtan, Vadan* de Hazrat Inayat Kan marcó el punto de partida de unos estudios esotéricos que se prolongarían toda su vida.

Al igual que Paulo Coelho, durante muchos años Lars fue un cantante y compositor de éxito, quien, a la vez que practicó su profesión de músico, estudió las religiones y los misterios esotéricos del mundo. Posteriormente, en 1996, contrajo una enfermedad inexplicable, que ni los médicos ni los terapeutas alternativos fueron capaces de diagnosticar. Durante tres años permaneció en cama sin poder moverse ni pensar con claridad.

Por mediación de un amigo íntimo, Lars se puso en contacto con un vidente, quien, a través del teléfono, le devolvió la salud. Ése fue el punto de partida de una existencia totalmente nueva y el comienzo de la búsqueda que describe de modo fascinante en *El Manuscrito de O*.

Ésta es la trilogía que tú, querido lector, tienes ahora en las manos. No te dejes engañar por los tres subtítulos. No se trata de otro libro sobre el

Santo Grial, Jesús y María Magdalena basado en las habituales tesis y teorías que, con el paso de los años, se han convertido en triviales. Antes bien, *El Manuscrito de ⊙* es el resultado del emotivo viaje de un hombre a través de «otra realidad», hacia una forma de ser más genuina y auténtica. Un viaje que atrapa desde el primer momento y que, a diferencia de la mayoría de los libros de este género, no nos confunde con enrevesados enigmas más propios de una novela policiaca. *El Manuscrito de ⊙* explora el mismísimo centro del verdadero misterio del hombre. La percepción que obtenemos a través del encuentro del autor con otra realidad se refleja de forma sincrónica en la épica y dramática historia del poder femenino que había caído en el olvido: la unión de Eros y Ágape, narrada de forma paralela a la historia del autor. El Libro 1 refleja el principio masculino, mientras que el Libro 2 describe el femenino. El Libro 3 está dedicado al misterio de la cámara nupcial, donde lo masculino y lo femenino se unen en una entidad isogónica.

Cuando el Libro 1, *El Vidente*, fue publicado en el país natal del autor en 2000, apenas suscitó interés, por más que la trilogía ha alcanzado desde entonces el estatus de obra de culto en Escandinavia y se han vendido un gran número de ejemplares. Asimismo, el libro fue publicado anteriormente en una traducción rusa, y es ahora, con la traducción al inglés (y la presente al castellano), que circulará por buena parte del mundo.

El Libro 1, «El Vidente», toma como punto de partida la enfermedad de Lars, su encuentro con el Vidente y el trabajo que realizaron conjuntamente en la montaña sagrada de Montségur, en el Pirineo meridional francés. El libro no sólo constituye una fascinante introducción a la antigua gnosis de la interrelación de todas las cosas, sino que al mismo tiempo es una valoración crítica de una larga lista de dogmas restrictivos propios de la *New Age*.

Cuando Lars y el Vidente se separan, éste entrega al autor un viejo manuscrito, un manuscrito que, sorprendentemente, resulta ser la puerta

de acceso a los acontecimientos que tienen lugar en los dos siguientes libros de la trilogía.

El Libro 2, «La Magdalena», se publicó por las mismas fechas que *El Código Da Vinci*, y en él se desarrollan dos temas: la continuada labor del autor con el Vidente, su separación de él y su percepción del *Akasha* colectivo, donde se encuentra con María Magdalena como el arquetipo más extraordinario del poder femenino y también como personaje histórico. Entre los puntos culminantes del libro cabe destacar la emotiva descripción del tiempo que Jesús y María Magdalena pasaron juntos y su iniciación mutua en la cámara nupcial.

El Libro 3, «El Grial» —que desde que fue publicado, sin publicidad alguna, saltó a las listas de superventas— versa sobre el memorable encuentro del autor con Sylvia, una vieja sacerdotisa en la Orden de la Madre del Mundo. Es la historia de la búsqueda que ella le ordena que emprenda. Seguimos al autor por la doble senda que toma, donde se encuentra con el equivalente femenino de su propia ánima y al mismo tiempo vive unas experiencias que le llevan a comprender el significado del arquetipo femenino de nuestra época.

Entre los numerosos puntos culminantes del libro cabe destacar su encuentro con un ser luminoso sin nombre en una misteriosa cueva en la montaña sagrada de Montségur, y en la cueva secreta de María Magdalena cerca de Périllos, en los Pirineos meridionales franceses.

Durante su primer encuentro con el Ser Luminoso, Lars tiene oportunidad de viajar en el Carro de Fuego (*merkabá*), y durante este y su segundo encuentro, obtiene unas respuestas que ponen en tela de juicio muchos dogmas espirituales de hoy en día.

Estos libros se distinguen por estar escritos de forma que, pese a la profunda complejidad del tema, pueden ser asimilados por un gran número

de lectores. Las múltiples capas que hallamos en los textos hacen que tanto los neófitos como los iniciados en estos temas queden fascinados por la autenticidad de las palabras y la habilidad del autor de «llevar el cielo a la tierra» o «acercar el lector al cielo».

El Manuscrito de ⊙ no es otro edulcorante espiritual sino el inicio del viaje más emocionante para cualquiera que lo lea. Los libros no deben ser leídos simplemente para ser «comprendidos», sino para ser absorbidos en la textura de tu ser consciente y tu Yo superior.

KIRSTEN PUGGAARD
Editora de Lemuel Books ApS

Prólogo



Querido amigo, hermana y hermano desconocidos:

Antiguamente existía una comunidad religiosa semejante a un monasterio. Cada día, cuando los fieles celebraban misa, el gato del monasterio turbaba el ritual sagrado. El abad pidió a uno de los fieles que atara al gato para que la misa pudiera continuar en paz.

Esta situación duró varios años.

Cuando el abad murió siguieron atando al gato cada día poco antes de misa.

Un día el gato murió. El nuevo abad ordenó de inmediato que adquirieran un nuevo gato para atarlo antes de la misa. Todos se alegraron de ello, pues era lo que habían hecho siempre.

Sin embargo, un día un recién llegado preguntó por qué torturaban al pobre animal de ese modo. La pregunta suscitó un gran revuelo y el hombre que había formulado la pregunta fue expulsado en el acto del monasterio. A fin de evitar que volviera a ocurrir algo semejante, algunos de los eruditos entre los fieles se pusieron a escribir unos tratados teológicos sobre la necesidad de atar a un gato antes de cada misa.

Las religiones y la teología, así como las interpretaciones de hechos históricos, con frecuencia han sido motivo de malentendidos decididamente

cómicos. Pero en muchos casos estos malentendidos han tenido consecuencias catastróficas, generalmente, debido a que tanto la religión como la historia son expresiones de la limitación de quienes las escribieron.

A lo largo del tiempo, la historiografía y la religión han sido utilizadas como medio de alcanzar el poder. La verdad sobre muchas de las desgracias acaecidas en el mundo, por ejemplo, el holocausto, y la verdad sobre muchos prodigios del mundo, por ejemplo, Jesucristo, pueden ser vistas y leídas en cualquier momento en la gran memoria cósmica, la esfera akáshica, por quienes sintonicen con ella. La percepción de la corriente que discurre detrás de los supuestos acontecimientos históricos puede obtenerse a través de dos cauces: bien mediante el cauce horizontal, relacionado con el tiempo, bien mediante el vertical, trascendental y visionario, que disuelve el tiempo y el lugar.

Las visiones trascendentales siempre pueden interpretarse de más de una forma. Cuando se escriben no significa necesariamente que deban tomarse en sentido literal, o que constituyan unas expresiones de supuestos datos históricos. Ante todo, son unas alegorías sobre los secretos auténticos de la vida. Representan la sabiduría más profunda del corazón que nos abre a las posibilidades que hacen pedazos cualquier tipo de pensamiento habitual, con todos los datos fríos y las ideas limitadas sobre la realidad y su aplastante tiranía. Las visiones constituyen unos ecos de incalculable valor procedentes de la esfera akáshica.

La visión sobre el Grial es ante todo la historia de todo cuanto al parecer hemos olvidado. El Grial no es un secreto, un tesoro terrenal en forma de cáliz, una mujer mortal específica ni una familia elegida que se oculta en algún lugar del mundo.

¡El Grial es un estado anímico y mental!

Una consciencia multidimensional accesible a todos los que se atrevan a desprenderse de los gratificantes misterios detectivescos del tiempo; a levantarse del mullido sofá del confort; a tener el valor de emprender la

búsqueda del Grial y dar el gigantesco salto que la mayoría de las personas sólo sueña con dar.

Yo mismo no soy sino un simple mensajero itinerante que acaba de despertarse y empieza a comprender el lenguaje de lo trascendente, accesible a todos los que estén dispuestos a hacer el esfuerzo de aprenderlo.

Este libro es un documento personal que intenta describir unas experiencias y unas percepciones personales. Pero el orden cronológico de los hechos ha tenido que ceder paso a la verdad, que sólo puede leerse entre líneas. Es en los espacios en blanco donde las palabras no estorban, donde comienza la auténtica búsqueda del Grial y ☉.

Os deseo un viaje agradable.

LARS MUHL

LIBRO III

El Grial

Para la suma sacerdotisa
Sylvia

*Yo te mostraré lo que el ojo no puede ver,
el oído no puede oír,
la mano no puede tocar,
y ningún hombre puede entender a través de su entendimiento.*

YESHÚA, Evangelio de Tomás

*A tus pies, oh, Madzup, vengo en busca de reposo.
Que el Fuego de tu Mirada bendiga esta alma anhelante.*

*Tus huellas de espinas aplastadas están sembradas de Perlas Divinas,
¡Y su Gloria se revela ante mis ojos deslumbrados!*

*Que este corazón florezca a través de la prueba de la Vida,
¡oh, Sepulcro Viviente!
Como una flor de loto florece bajo tus Rayos.*

*A tus pies, oh, Madzup, vengo en busca de reposo.
Que el Fuego de tu Mirada bendiga esta alma anhelante.*

NOOR-UN-NISA INAYAT KAN

*Llegará un día en que el tiempo carecerá de sentido,
y no existirá lugar alguno. Todos nuestros conceptos
aguardan sólo el fin señalado. Sustentan un sueño
sin dimensiones. A las puertas del Cielo
nos despojamos de ellos,
ante la luz que resplandece dentro.*

HELEN SCHUCMAN

O

Hace unos años me entregaron un antiguo manuscrito español. Se titulaba *El Santo Grial* y su autor era Kansbar.

El hombre que me lo dio fue en primer lugar mi maestro y luego mi amigo. Durante el tiempo que medió entre lo primero y lo segundo sufrió la indignidad de cumplir el dudoso pero arquetípico papel de mi padre espiritual. Como es natural, yo desempeñé el de hijo sumiso que, sin embargo, nunca lograba satisfacer a su padre por completo. La relación adolecía de la clásica situación conflictiva: primero idolatría al padre, seguida del inevitable parricidio simbólico.

El viejo manuscrito español consta de aproximadamente cuatrocientas páginas. No tiene ningún valor literario. Su contenido es más o menos interesante, al menos para el ojo inexperto. Si posee cierto interés, hay que buscarlo entre líneas. Y el escaso interés que el lector entusiasta puede hallar aquí está destinado sólo a los pocos para quienes pueda tener algún sentido.

Al leer la dedicatoria del manuscrito el lector tendrá de inmediato la impresión de que el contenido es un asunto entre la persona de la dedicatoria que entrega el manuscrito y quien lo recibe. En este caso Kansbar y Flegetanis.

El manuscrito está fechado —«La Alhambra, 1001»—, y la dedicatoria dice lo siguiente:

«Kansbar no es mi verdadero nombre, pero debido a los secretos que me han encomendado guardar, he adoptado ese antiguo nombre persa. Kansbar el Elegido. Kansbar el Sabio. Kansbar el Vidente. Kansbar el Protector del Grial. Me estoy haciendo viejo. Llevo muchos años buscando a quien pueda sucederme en esta labor, pero ha sido en vano. Sólo ahora recuerdo el día en que conocí a Flegetanis, un cantante moro ambulante, en un mercado de un pueblecito de la costa de Andalucía. Este manuscrito es para él. Ésta es la historia del Grial».

Al principio yo no sabía qué hacer con el manuscrito. Aparte de cierta curiosidad, sentía un pueril orgullo de que me hubieran considerado digno de custodiarlo. No fue hasta que empecé a leerlo y comprobé que el contenido no era tan interesante como prometía la dedicatoria, que mis méritos recién descubiertos se evaporaron como el rocío bajo el sol matutino.

Durante dos años, el manuscrito permaneció intacto en la estantería de mi estudio, acumulando polvo, hasta el día en que el sol arrojó un pálido rayo sobre él, como para volver a atraer mi atención sobre sus páginas.

Así pues, abrí de nuevo el amarillento manuscrito sin confiar en hallar nada de interés en él. En cuanto lo tomé en mis manos tuve la sensación de que la luz en la habitación había mudado. Sorprendido, alcé la vista de la página en blanco.

¿La página en blanco?

Fuera, un pálido sol lucía sobre el horizonte. Al parecer, nada había cambiado en la habitación. Sólo el libro. Volví la página. No había una sola letra. Ni una palabra. Volví otra página, y otra, pero al parecer no había nada escrito en él. En lugar de eso, en la página aparecían ahora unos caracteres, casi transparentes, trazados con pulcritud. Los extraños símbolos y signos parecían moverse, y cuanto más fijamente los miraba más se movían ante mis ojos, casi diabólicamente, como burlándose de mí.

Permanecí largo rato sentado, confundido, cavilando sobre la extraña experiencia que acababa de tener. Cuando miré de nuevo el manuscrito, comprobé que de pronto había aparecido en las páginas el texto original.

Al hojearlo vi que parecía estar de nuevo intacto. ¿Era todo producto de mi imaginación?

De repente se me ocurrió que, aunque el contenido del manuscrito carecía de importancia, constituía un velo protector, una especie de llave a un mundo que estaba cerrado. No fue hasta más tarde que comprendí que el manuscrito no era sino una metáfora, un espejo o una puerta de acceso a otra dimensión.

La información que el manuscrito transmitía era sólo una pálida sombra de unos conocimientos infinitamente más profundos. El texto, común y corriente, narraba una historia local de Andalucía, principalmente sobre dos personajes, esto es, Kansbar y Flegetanis. Los signos inexplicables detrás del texto constituían de alguna forma la clave de estos conocimientos más profundos, unos conocimientos, no obstante, que sólo se revelan a quienes están preparados para recibirlos. Por consiguiente, el manuscrito es la metáfora de una posibilidad que se halla en el propio ser humano: el acceso a los archivos akáshicos en la inmensa y etérea memoria universal.

Volví una página y empecé a leer.

PRIMERA PARTE

Sylvia

1

El tren atravesaba el crepúsculo europeo como un cuchillo. La lluvia batía en las ventanas del vagón.

—Dios está haciendo pipí —dijo un niño de corta edad que iba sentado frente a mí, junto a su hermana.

—¡Carl!

La madre me miró con gesto de disculpa mientras se inclinaba sobre su hijo y le limpiaba la boca con una servilleta de papel.

—Dios no está haciendo pipí —contestó su hermana—. Está llorando.

No pretendía ser una frase rimbombante, sino la constatación en tono quedo de un hecho, acompañada por unos leves signos de admiración. Como un suspiro reprimido seguido de inmediato por un efecto de impotencia.

—En tal caso debe de estar muy triste —opinó la madre, suspirando con resignación mientras miraba con rostro inexpresivo a través de la empañada ventanilla, antes de volver a ocultarse detrás de una revista femenina.

La chica apoyó la cabeza en el hombro de su hermano, sin despegar los labios. Sentados en el vagón frente a mí, constituían la silenciosa protesta de toda una generación contra la insensata negación de un hecho sacrosanto: la facultad divina, a la vez que frágil, de las personas de estar presentes.

Sonreí con gesto de comprensión y me recliné en el asiento, confiando en conciliar el sueño.

La bolsa a mi lado contenía el resultado de dos años de intenso trabajo, el manuscrito del libro sobre María Magdalena, el poder femenino que había caído en el olvido. Pero era también el resultado de la ruptura de una vida. Durante dos años había deambulado de un lado a otro sin otro objetivo que el manuscrito. Recalando en una casa rural en las montañas de Andalucía, en la Gare du Nord de París, en el Hôtel Costes en Montségur. Línea por línea, paso a paso, deteniéndome en áreas de descanso elegidas al azar, mudándome de una habitación de hotel a otra y de una concurrida estación de ferrocarril a otra, instalándome donde pudiera sentarme con mi ordenador portátil sobre las rodillas.

El trabajo estaba terminado y me dirigía a Dinamarca, cansado como Matusalén. En lo más profundo de mi conciencia temía que las piezas no encajaran. ¿Habría coherencia en el caos? Fue en lo único que tuve tiempo de pensar antes de quedarme dormido mientras escuchaba el sonido de las lágrimas de Dios batiendo en las ventanas, trazando portentosos dibujos en la parte interna de mis párpados.

En el valle del Amor, Val d'Amour, en los Pirineos, hay una pequeña población llamada Bélesta. En esta población hay un niño que derrama una lágrima cada vez que una hoja cae al suelo prematuramente. Lloro por la ignorancia del ser humano. Por la persistente ignorancia sobre la verdadera esencia del ser humano. Lloro por la ceguera espiritual del ser humano.

En esta población hay una iglesia. En la oscuridad de la cripta bajo la iglesia, hay una palangana en el suelo que contiene las lágrimas de este niño, las cuales constituyen un agua bendita con la que los peregrinos pueden lavarse los ojos y recobrar la vista.

¿No es por tanto una paradoja que la Iglesia cristiana, al menos en el plano simbólico, oculte su auténtico poder en el inconsciente?

Las iglesias ubicadas en tierra de los cátaros ocultan muchos secretos, que sólo ahora empiezan a ver la luz del día. Hubo un tiempo, durante mis intentos de descubrir algunos de ellos, en que creí que se trataba de revelar la misantropía y la mendacidad de la Iglesia cristiana. Nada podía estar

más lejos de la verdad. A lo largo de los años, la Iglesia ha cometido numerosas atrocidades irreparables. Uno se cansa sólo de pensar en tener que enumerarlas. Pero ¿cómo podría la Iglesia haber obrado de otro modo, teniendo en cuenta que es un producto de las limitaciones del hombre? Lo mismo que las demás Iglesias y religiones del mundo. El hecho de que un niño recién nacido sea iniciado como un hindú, un budista, un musulmán, un judío, un cristiano o un ateo depende únicamente de la elección de los padres o las circunstancias que determina una cultura específica. Pero ningún hombre y ninguna Iglesia deciden la auténtica identidad cósmica del niño. Lo cual es aplicable a todos nosotros.

Yo creía que mi viaje casi había terminado. En realidad, estaba a punto de comenzar, aunque en aquel entonces no lo supiera. Mi único objetivo era completar el manuscrito de la Magdalena. Aunque lo había escrito yo, parecía más bien un regalo que me habían permitido llevar a casa que algo que yo había creado personalmente. Sentía una profunda gratitud, pero, a la vez, una extraña sensación de vacío. Un vacío distinto del que uno suele experimentar cuando termina algo.

La intuición tiene muchos caminos. Fundamentalmente cabe decir que si el ser humano no la utiliza, la intuición no utiliza al ser humano. En el mejor de los casos, mi viaje era una muestra de lo que puede ocurrir cuando uno se dejar guiar por una voz interior, cuando se despoja de la realidad material y viaja al paisaje del alma, que básicamente siempre está a nuestro alcance, pero que rara vez lo visitamos, y por lo general está oculto por las limitaciones de nuestra personalidad.

Mi encuentro con el Vidente me había enseñado mucho sobre algunos de los innumerables niveles que nos rodean, así como las numerosas trampas en que el buscador cae con demasiada facilidad. En mis viajes astrales yo había visitado el inframundo y me había encontrado con mis sombras personales y un largo elenco de demonios colectivos que se ocultaban allí. En mi viaje a Toledo había entrado en contacto con el Oráculo, una voz interior con la que podía contactar cuando fuera necesario, siempre que mi equilibrio fuera razonablemente bueno. Pero esto era pura

escuela, y unas lecciones que debía aprender. En el ámbito decisivo seguía atrapado y lleno de temor. Aún tenía que aceptar mi soledad esencial, y la separación temporal del Vidente no facilitó la situación.

Durante una de nuestras sesiones en Montségur, cuando nuestro conflicto personal había alcanzado el punto álgido y al objeto de reprenderme, el Vidente me dijo reiteradamente que yo no era más que un mandato de la Junta Directiva. El hecho de que se refiriera a la Junta Directiva de la Gran Compañía Eléctrica de Arriba no contribuyó a aliviar la tensión entre nosotros. Desde entonces, he recordado con frecuencia sus palabras, y en este momento sonaban con más fuerza que nunca. Era ineludible: había llegado el momento de aceptar mi legado. Tenía que arreglármelas yo solo.

El tren protestaba en todos sus enganches. El lejano sonido chirriante de los frenos me despertó. Abrí los ojos. El tubo de neón en el techo estaba apagado. La madre con los dos hijos había desaparecido. En su lugar, vislumbré una figura en el asiento frente a mí, rodeada por una extraña luz borrosa. La luz no era lo bastante nítida para que pudiera distinguir si era un hombre o una mujer. La figura permanecía inmóvil y entrecerré los ojos para penetrar el velo invisible que se interponía entre ambos. Pero no lo conseguí.

Yo quería decir algo y tuve la sensación de que mi boca se movía, pero por algún inexplicable motivo no brotó ningún sonido de ella. Curiosamente, me pareció relativamente natural. Las palabras no eran necesarias. Lo que en circunstancias normales habría sido muy frustrante, en estos momentos lo acepté. De pronto me percaté de la paz que reinaba en el vacío interior. Me recliné de nuevo en el asiento y me rendí al movimiento oscilante del tren. No estaba solo.

Al poco rato me quedé dormido y floté a través del tiempo hasta que me desperté en 1982. Era el año en que, junto con *Warm Guns*, había grabado el álbum *Italiano Moderno* en el estudio Eden de Londres. Era uno de los días en que Nick Lowe, el legendario compositor de canciones y productor, visitó el estudio. Estábamos escuchando las grabaciones del

día mientras nos bebíamos una cerveza cuando de pronto Nick señaló un anuncio en *What's On* que decía: «Lecturas psíquicas».

—¿Has consultado alguna vez a alguien con poderes psíquicos? —me preguntó.

Yo negué con la cabeza. Pero enseguida comprendí que tenía que probarlo.

Dos horas más tarde me encontré frente al viejo domicilio de la Asociación Espiritualista de Gran Bretaña, situado en el centro de Londres. Fuera se había formado una pequeña cola de amas de casa, *punkis* y hombres de negocios de la City. La entrada costaba dos libras y me condujeron a una habitación situada en el segundo piso.

Me recibió una mujer joven. Nos saludamos y me invitó a pasar. Aparte de eso, no cruzamos una palabra. Al cabo de unos minutos me pidió que le entregara mi reloj. Cuando se lo di lo sostuvo en sus manos y se sumió en una especie de trance, con los ojos cerrados. Al cabo de un rato empezó a hablar en tono quedo:

—Tu hermana menor te envía saludos. Dice que ha llegado el momento de que te despojes de tu tristeza y tus sentimientos de culpa por lo que ocurrió cuando erais niños. Ahora está casada con un hombre que pasó su infancia en el mismo sector de la ciudad donde vivíais vosotros. Murió casi por las mismas fechas que tu hermana, cuando atravesó apresuradamente la calzada junto a un niño de su misma edad y un coche lo atropelló. Ahora, él y tu hermana están casados y tienen hijos. —La joven guardó silencio unos minutos antes de proseguir—: Tus abuelos te envían saludos. Uno de ellos, que tú sabes quién es porque conservas su reloj de bolsillo averiado en un cajón del escritorio en tu casa, dice que tu padre está enfermo y deberías decirle que cambie de vida. —De nuevo, la mujer calló mientras seguía acariciando mi reloj—. Algún día abandonarás tu actual ocupación porque comprenderás que existe otro tipo de música distinta y mucho más valiosa. Te dedicarás a la sanación. Con el tiempo entrarás en contacto con personas que ejercerán una gran influencia sobre ti y tu auténtica vocación. Una de ellas se llama Sylvia. A su debido tiempo, te revelará algo que deberás transmitir a otros. Mantente alerta y no olvides tu fuerza interior. No olvides tu auténtico destino.

No sé cuánto tiempo estuve dormido, pero me pareció que sólo habían transcurrido unos momentos. Por eso me sorprendió comprobar que la extraña figura ya no estaba en el vagón y yo no me había percatado de su marcha.

Me puse a pensar en la idea de «hogar». ¿Adónde pertenece el ser humano? ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos?

¿Dónde viven en realidad los sin techo que se ven en la Estación Central de Hamburgo? ¿Dónde vive la gente rica que viaja en primera clase?

Si el «hogar» está donde se encuentra el corazón, ¿dónde vivimos todos?

¿Dónde estaba «mi» corazón?

¿Dónde está ahora, mientras escribo esto?

He visitado mil lugares. He vagado por infinitos desiertos. Ahora comprendo que con frecuencia abandonaba mi corazón por otros lugares, cosas, ideas, baratijas o la compañía de otras personas. Todo ello con la esperanza de hallar algún sentido, un poco de paz y la confirmación de que era una persona amada. Olvidaba que todo cuanto buscaba se hallaba en el corazón que había dejado atrás.

De acuerdo, quizá haya recibido más ayuda que la mayoría de las personas. Pero no todo lo que hice fue bien acogido. Y había motivos fundados.

Mi libro sobre María Magdalena se publicó prácticamente en secreto. La primera edición se agotó en un mes sin que nadie escribiera una sola reseña sobre el libro. Al cabo de un año se publicó la quinta edición. Otra prueba de que, en última instancia, existe otra realidad, un entramado oculto alejado del foco de la prensa y de la gente.

Por otra parte, mi libro no trataba sobre un personaje desconocido. Al cabo de dos mil años de permanecer en el olvido, María Magdalena y su verdadera relación con Yeshúa empezaba a manifestarse en las mentes de multitud de personas en todo el mundo. El resultado fue una serie de libros sobre el tema, el más importante de los cuales fue la novela de Dan Brown titulada *El código Da Vinci*, que traspasó la barrera de los medios con un estallido y fascinó a millones de lectores.

Mi interés en la Magdalena en cuanto un arquetipo femenino oculto

comenzó a mediados de los ochenta. Ocurrió a raíz de mi descubrimiento de algunos de los evangelios recogidos en los rollos de Nag Hammadi, así como del Evangelio de María y de los escritos gnósticos del Pistis Sophia. Éstos no sólo me condujeron al corazón de un pasado herético, sino que me permitieron conectar con unas pistas que señalaban una historia que parecía tener cosas más profundas que decir que meras revelaciones sensoriales y enrevesados enigmas criminales.

La realidad siempre supera a la ficción más pintoresca.

Durante una charla que di en la Sociedad Teosófica de Copenhague, un caballero sesentón me hizo una pregunta que resultó tener un profundo impacto en el trabajo que yo había comenzado con *La Magdalena*.

—¡Lars! La última ilustración de su nuevo libro es de una mujer. Pero es la única ilustración en el libro que no tiene un título o una explicación. ¿Puede decirnos dónde consiguió esa ilustración y de quién es la mujer que aparece en ella?

La pregunta no podía ser más oportuna. Yo acababa de referirme al hecho de que uno tiene que desafiar a su intuición y formular preguntas a las que de otra forma no sabría responder, a fin de agudizar sus sentidos energéticos y acceder a los archivos akáshicos.

Les dije la verdad, que me la había dado allá por el año 1983 un conocido, concretamente el filósofo John Engelbrecht, quien me explicó que había sido canalizada por tres monjes clarividentes. La ilustración mostraba a María, esto es, a la Virgen María. Más tarde pensé que podía tratarse igualmente de la imagen de María Magdalena. Pero como no tenía ninguna prueba de ello, inserté la ilustración en el libro sin añadir más datos. La ilustración era una especie de señal de socorro.

El hombre se levantó.

—Quizá le interese saber que fue mi madre quien llevó la ilustración de regreso a Dinamarca en 1960, y que es cierto que fue canalizada a través de tres clarividentes. —El hombre hizo una pausa antes de jugar su mejor carta—: Además, puedo asegurarle que se trata en realidad de la imagen de María Magdalena.

Un suspiro recorrió la multitud. Yo no podía haber pedido una prueba más convincente del poder de la intuición. Hablaba su propio lenguaje con toda claridad.

Después de mi charla traté en vano de hallar a ese caballero entre el público para obtener más información sobre su madre. Algo me decía que esto era importante, pero el numeroso grupo de asistentes que deseaban hacerme preguntas me lo impidió.

Esa noche, en mi habitación del hotel, experimenté un extraño fenómeno lumínico. Al principio pensé que era la bombilla de la lámpara sobre el escritorio, que estaba a punto de fundirse. Luego comprobé que no la había encendido. Una bola de luz que pulsaba ligeramente, aproximadamente del tamaño de una pelota de tenis, apareció suspendida en el aire. La bola asumió un color azul pálido y estaba rodeada por un círculo púrpura, dentro del cual había una cruz también púrpura que irradiaba a través de él. Al mismo tiempo presentí que había otra persona en la habitación. Pensé que la experiencia había durado sólo un minuto, pero cuando miré mi reloj vi que había transcurrido una hora. No era la primera vez que tenía la sensación de que el tiempo había desaparecido. Lo novedoso, en esta ocasión, era que, al parecer, ese fenómeno no tenía ningún sentido, no había ningún mensaje ni ninguna información ligada a él. ¿Adónde había ido este elemento de tiempo, y qué había ocurrido entretanto?

Yo había experimentado el símbolo de la cruz que irradiaba luz en otra ocasión. Ocurrió durante una visita a la pequeña población de Belcaire en los Pirineos, donde el Vidente y yo queríamos llevar a cabo unas investigaciones. Junto a un monumento que conmemoraba a los hijos de la población caídos en la guerra, se alzaba un crucifijo de tamaño natural. Mientras meditábamos frente a él, apareció una pequeña bola de color azul. Estaba rodeada por el mismo círculo púrpura que contenía una cruz también de color púrpura. Se asemejaba a una pompa de jabón suspendida ante los pies del Crucificado. En esa ocasión logré tomar una foto de ese fenómeno.



Una semana después de mi charla, sonó el teléfono. Resultó ser el caballero, el señor Hasse Smerlov cuya madre había traído la ilustración de María Magdalena a Dinamarca.

—Lamento llamarlo ahora, pero no quise molestarlo después de su coloquio. Sólo quería decirle que mi madre aún vive y le gustaría conocerlo. Se está haciendo mayor, y no goza de una buena salud física. Aunque probablemente es más lúcida que la mayoría de las personas. Pero me gustaría que lo comprobara usted mismo. Si tiene un bolígrafo y un papel a mano, le daré sus señas.

Busqué un bolígrafo y estuve a punto de derribar una taza de café antes de hallar un cabo de lápiz.

—Adelante —dije.

—Se llama Sylvia. Vive...

Fue lo único que oí. Una sola palabra suspendida en el aire como el sonido de una misteriosa campana, con unos sobretonos muy puros que creaban extrañas armonías, y un sonido muy profundo y subarmónico en mi interior.

¡Sylvia!

—Lo siento, ¿cómo dice que se llama?

—Mi madre se llama Sylvia.

Mi interlocutor hizo una pausa para darme tiempo a anotar los datos. Escribí el nombre y las señas en mi agenda como en un trance, y apenas recuerdo haberme despedido de él cuando me desperté delante del teléfono, tras haber depositado de nuevo el auricular en su lugar.

¿Era posible que fuera la Sylvia que la médium inglesa había predicho veintitrés años atrás que conocería porque tenía algo que comunicarme?

Todo esto ocurrió en una época en que mis viajes astrales comenzaban a ser menos frecuentes, sustituidos por momentos en que efectuaba unos «saltos en el tiempo», por decirlo así. A veces, mientras caminaba por la calle, de pronto me encontraba en otro tiempo o en otro plano. El entorno era más o menos el mismo. Me había sumido de forma casi imperceptible

en una realidad sincronizada que incidía en mi sentido del tiempo y en la luz diurna que me rodeaba.

Durante estos «saltos» me rodea una red etérea de partículas oscilantes de luz, las cuales se reflejan unas en otras y confieren vida a todo cuanto alcanzo a ver. Tengo la sensación de que me hallo en el campo mórfico, la refulgente esfera detrás de la realidad material visible. A veces la experiencia es tan intensa que veo con claridad los pequeños seres angélicos que irradian, mantienen y crean luz, los Guardianes de Luz, manifestándose como un millar de chispas, o como una red infinita de diminutos cristales en el aire que nos rodea.

Algunos días esas experiencias ejercían sobre mí un efecto físico tan abrumador, que era incapaz de levantarme de la cama en todo el día. Por lo general experimentaba fuertes dolores en la *medulla oblongata*, justo donde la parte superior del sistema nervioso central se une al cerebro. Otras veces este fenómeno me producía un dolor en el plexo solar y una pérdida total de energía. Era indudable que estos síntomas eran sospechosamente parecidos a los que había experimentado diez años atrás, que me habían obligado a guardar cama durante tres años, hasta que conocí al Vidente. Se me ocurrió que quizá mi vieja enfermedad se había reproducido porque me había separado del Vidente.

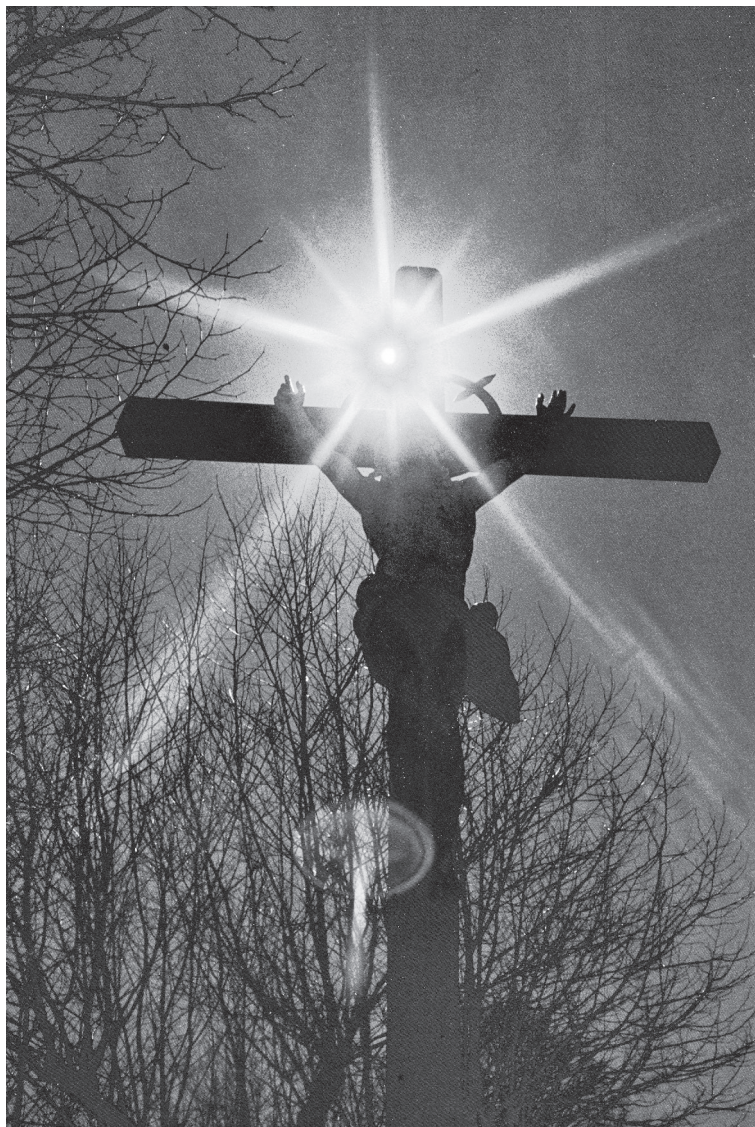
No.

Esto era distinto.

La familiar sensación de hierro y plomo ya no formaba parte de mis síntomas. Esto estaba relacionado con una falta de claridad, algo que me bloqueaba, que debía ser eliminado para que las fuerzas cósmicas pudieran fluir libremente. Yo ya no era la causa inconsciente y el testigo paralizado de mi propio funeral.

No tenía motivo alguno para cultivar mi sufrimiento. Por otra parte, sin embargo, estoy convencido de que cuando la persona que sufre se da cuenta de que el dolor purifica y es consciente de su efecto liberador, lo que hasta entonces carecía de sentido lo adquiere. Dicho de otro modo, existe una gran diferencia entre comprender la profunda esencia del sufrimiento y no comprenderlo.

Estos «saltos» me producían un estado de ánimo que me impedía que-



El Crucifijo de Bélesta

dar con alguien o hacer planes. Tuve que renunciar de forma más o menos involuntaria a todo control, y comprendí la cantidad de energía que consumimos consciente o inconscientemente al tratar de controlarlo todo, y que la obsesión por el control proviene de una sola cosa: el temor. Despojarnos de esto puede constituir en sí mismo una fuente de ansiedad.

La noche antes de conocer a Sylvia tuve un sueño: camino por una carretera que no sé adónde conduce. No hay un alma a la vista, y la paz del Paraíso reina sobre el maravilloso paisaje. Sin embargo, presiento que el idílico paraje oculta algo demoniaco, algo que me produce una impresión inquietante. Con todo, me siento sereno y confiado.

Al cabo de un rato la carretera se bifurca en dos calzadas más estrechas, y no sé cuál tomar. De pronto veo una figura que se acerca por mi izquierda. Al principio no es más que una mota en el horizonte, pero al cabo de unos minutos veo al Vidente delante de mí, en su postura habitual, sosteniendo su bastón de peregrino ante él.

Luego se acerca otra figura por la carretera a mi derecha. Constituye también una pequeña mota a lo lejos. Cuando se aproxima, compruebo que es una imagen de mí mismo. La imagen sostiene también un bastón de peregrino ante sí.

Todo indica que es una situación sin salida. Algo me impide moverme mientras observo al Vidente a mi izquierda y a la imagen de mí mismo a mi derecha, hasta que caigo en la cuenta de que ambas imágenes son proyecciones de unos bloqueos en mi interior. Ambas figuras permanecen inmóviles, custodiando un umbral e interceptando el paso. Permanezco inmóvil ante ellas, tratando desesperadamente de hallar una solución. Está claro que debo avanzar y dejarlas atrás, porque ambas representan viejas formas que ya no necesito, pero cuya esencia debo reconocer antes de que las imágenes puedan disolverse y dejen de constituir un obstáculo en el camino. Pero ¿cómo? ¿Qué camino debo elegir?

Mientras permanezco clavado en el sitio, paralizado, veo un ángel azul en el cielo sobre los dos caminos. Se acerca rápidamente, y de pronto siento que me elevo sobre el suelo mientras una voz dice:

«No te engañes. Ambas rutas conducen de nuevo a tus viejas limitaciones. Has recorrido un largo trecho por estos caminos, pero ha llegado el momento de que te desprendas de lo viejo».

El ángel me transporta en sus brazos y desaparecemos en el aire sobre las dos figuras.

Estaba nevando cuando me apeé del tren en la estación de ferrocarril de Charlottenlund, al norte de Copenhague. Unos copos grandes y suaves descendían flotando de las pesadas nubes como maná del cielo. El aire estaba saturado de cristales. Tenía los sentidos tan agudizados que alcanzaba a ver la parte más recóndita de cada persona con quien me cruzaba en la calle. No me fijaba en los bloqueos o las limitaciones de éstas, sino en sus cualidades más nobles. Parecía como si irradiaran unos diseños luminosos en el aura etérea. Sin embargo, me chocó que ninguna fuera consciente de la ayuda que la rodeaba.

Sobre la cabeza de un caballero de edad avanzada, que esperaba a alguien, aparecía suspendida una corona antigua, pulsante, dorada y rojiza. La corona reflejaba añoranza por la mujer con la que había estado casado durante treinta años y que recientemente había partido a otro mundo. La añoranza se había transformado y ahora se manifestaba como paciencia.

Una pareja paseaba cogida de la mano: los rodeaba un triángulo nacarado, que disolvía los celos entre ellos.

Una joven, absorta en sus pensamientos. Delante de sus senos incipientes aparecía una pequeña diadema resplandeciente; la danza de celebración de la luciérnaga que marca el despertar de Eros.

Una mujer embarazada: una brillante filigrana de luz la abrazaba a ella y a la nueva vida que llevaba en su vientre.

Una mujer que trataba en vano de ocultar sus lágrimas, las cuales relucían cual diamantes sobre sus mejillas: una cruz pulsaba levemente sobre su vientre; la tristeza por la pérdida de un amor, la imagen del lecho vacío; el dolor como redentor de una nueva vida.

Los edificios de apartamentos en el barrio bohemio. La puerta transparente. El piso superior. La iniciación.

Llamé al timbre y oí su eco dentro del apartamento. Una eternidad.
Golpeé la puerta con los nudillos. Entonces oí un leve sonido en el pasillo.
La puerta se abrió:
El ángel azul.